

profesión fuera en Orán ó Melilla; y finalmente, aplicando de hecho su hacienda y mayorazgo al forzoso heredero, cosas que, aunque al parecer eran muy duras, don Sancho las aceptó en su nombre y con la misma prisa. Después de haber cumplido su deber y respetos volvió á Sevilla y á su casa, adonde de una y otra fué recibido y celebrado con voluntad y amor jamás oído.

Publicóse el perdón, y así don Pedro se entró en el convento de San Pablo, adonde, apretado de su enfermedad, cayendo y levantando, vivió dos años, sin que en ellos su hermano tratase de la aplicada hacienda, como ni la admitiera si viviera dos siglos. Con lo cual, quedando para caballero particular el más rico y poderoso de España, y habiéndose celebrado sus casamientos con el mayor aplauso que vió Sevilla, vivió en ella en compañía de su amada esposa y en correspondencia envidiable con sus dos amigos los hermanos flamencos; y teniendo ocho hijos y otra hermosa Floriana, á todos les fundó grandiosos mayorazgos y á todos los vió puestos en estados dignos á su calidad, que fué la última felicidad de sus buenas dichas, y la mayor que puede haber en esta vida transitoria y perecedera.



## La Constante Cordobesa.

### CAPITULO XXXV

*Historia tercera, sucedida en Córdoba; con el antiguo origen y fundamento desta ciudad.*

Es tan notoria y conocida en lo descubierto del orbe la antigüedad, fundación y excelencias de la ciudad de Córdoba, tanto por su originaria nobleza cuanto por los ilustres varones que así en armas como en letras ha producido en todos tiempos, que pudiera excusar por demasiada esta breve narración si no temiera que el interrumpir el estilo con que he comenzado había de censurárseme con nota. Y así, por disuadirla, en pocos renglones haré de sus grandezas eate fácil resumen.

En las vertientes y amenísimas faldas de la famosa Sierra Morena, y en lo mejor y más poblado del Andalucía, está fundada la ciudad de Córdoba en un llano hermosísimo que entre la sie-

rra y caudaloso río Guadalquivir formó naturaleza para asiento y mayor esplendor de su población, á quien, según Plinio, Estrabón y otros autores edificó Marcelo, insigne capitán de los romanos, y no así como quiera, disponiéndola con los soldados comunes de su ejército, sino entresacando y escogiendo dél la flor de la nobleza, los patricios y caballeros más ilustres de Roma. Y así parece que desde aquellos memorables principios ha conservado generosamente aqueste maravilloso pundonor; pues hoy es cierto no hay ciudad ni población en toda la Europa de más limpia y apurada nobleza, ni en su tanto de más caballeros de sangre y mayorazgos riquísimos.

Es su terreno, su comarca y ribera, abundante de pan, vino y aceite, frutas y seda, y sobre todo célebre y conocida por los veloces y alindados caballos que produce, y por las aguas puras y delicadas del Bétis, en cuya margen hacen sus altos y torreados muros majestuosa y agradable vista. Los aires son saludables y delgados; de suerte que aunque en parte la infama el caluroso estío, ellos, con su bondad y frescura, participada de la vecindad del río, hacen bien engañosa esta opinión.

De sus templos magníficos, en quien más resplandece la piedad de sus moradores, ni de sus grandes palacios, suntuosas casas y peregrina iglesia catedral, dicho está harto con haber apuntado la antigüedad, riqueza y nobleza por

tantos años continuada en sus hijos; pues ella, con más elegancia y verdad que mis renglones, hablará en su derecho; y así sólo daré un fácil rasguño por su mayor iglesia. La cual fué primero la mayor mezquita que tuvieron los moros después de la de Meca; y según el *Suplemento de las historias*, su notable y suntuosa fábrica se comenzó por Abduramen en el año de 892. Tiene 24 naves, con infinitos y compasados arcos sobre mármoles y columnas de jaspe, que pasan de 500. Y aunque conforme los edificios árabes y respecto de su grandeza es la techumbre baja, empero aún en aquella forma representa una espantosa y ostentativa máquina, como también hacen alarde y muestra los alcázares y jardines reales de que están hermosados y en perdurable primavera.

Hablando Marcial de las cosas de esta ciudad dice que había un plátano en aquestos alcázares de tan monstruosa y exquisita grandeza, que cubría con sus hojosas ramas la mayor parte de ellos; que si fué así, no sé yo cómo le ponderó tan sobrepeine; si bien ahora se pudiera mejor culpar en mi diferente objeción, pues olvidado de lo más esencial, he antepuesto en esta descripción las ruinas, los vestigios, las murallas y torres á los edificios vivos, á los verdaderos y más admirables monstruos; pues no lo han sido menos, entre los hombres, sus excelentes hijos. Dos Sénecas, un Lucano, un orador Balonio, un cristiano y doctísimo obispo Osio; un Avicena, un Rasis, un

Moyses, médicos famosísimos; un Aben Ruiz, comentador insigne de Aristóteles, y, finalmente, el ingenioso y venerable Juan de Mena; y sobre todo el valiente y Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, honra de su patria y gloria de su nación; con cuyo ilustre remate cesaré en las demás excelencias de esta ciudad, y empezaré el suceso que en ella tengo prometido; en quien su principal persona es no menos que un caballero de su esclarecida sangre, con que más animosa y atrevida se alentaré mi pluma, haciendo dél la narración siguiente.

#### CAPÍTULO XXXVI

*Dáse principio á la ofrecida historia; dícese quién es el principal personaje de ella, y algunas hazañas de sus progenitores.*

EN los años pasados de 520, gobernando estos reinos, por el ausencia de la católica y cesárea majestad de Carlos V, el cardenal de Tortosa, su maestro, que después, con el nombre de Adriano, fué Pontífice máximo, vivía en esta ciudad don Diego Fernández de Córdoba y Montemayor, nobilísimo mancebo, en sangre esclarecido, poderoso en hacienda y por sus buenas partes amable con sus conciudadanos y una de sus mayores cabezas.

A este caballero, habiéndose primero servido

dél en sus primeros años, casó la majestad de Carlos con una ilustrísima señora llamada doña Aldonza Ossorio, tanto á fin de aquistar algunas diferencias, cuanto por hacerle con mujer tan poderosa (que lo era mucho esta dama) una grande y señalada merced. Reconocíalo así don Diego, y deseando se conociese en sus obras, convocó á sus casamientos la nobleza mayor del Andalucía, á quien con esplendor, magnificencia y gastos festejó, siendo así mesmo las fiestas, los torneos y máscaras tan grandes, tan continuos y varios, que dejó su nombre bien conocido en España, aunque no lo es poco el de su antigua estirpe, el de progenitores valerosos, cuya originaria valentía y magnanimidad parece que, de padres á hijos heredada, es tan perdurable y excelente, ya en la famosa casa de Aguilar, ya en la de los condes de Alcaudete, Sésar, Feria, Guadalcazar y otras innumerables que, como ramas de su firme tronco, se han extendido por lo mejor de Europa, mientras durare en ella la memoria de los hombres.

Y así, no pienso yo que debe aquella generosa ciudad á ningún hijo suyo más honrosas hazañas en su provecho ni mayores servicios en su defensa que á los de aquestas casas referidas, de quien si me fuera lícito contarlas fácilmente desempeñasen mi verdad su crédito. Pero aunque se alargue algo el suceso, ya que no las mayores, diré, entre tantas, dos, en que, supuesto que voy á realzar y engrandecer más conveniente el héroe

principal de esta *Historia*, habrá de suplírseme su breve dilación; fuera de que también apetece-  
rá el curioso saber con gusto, con la antigüedad  
y excelencia de sus claros ascendientes de don  
Diego, la causa original y tan decantada en Es-  
paña de haberse llamado *Campo de la Verdad*  
aquel llano extendido que tiene su ciudad pasado  
el puente; y aun antes desto, el hecho memora-  
ble y de pocos sabido que emprendió Martín  
Alonso de Montemayor en el cerco y socorro de  
Castro del Río.

Y así, con esta salua, digo que Alonso Fer-  
nández de Córdoba, hijo de don Fernán Núñez  
de Temez y Donora, señora de Dos Hermanas,  
que fué Adelantado del Andalucía y dueño del  
lugar y Torres de Cañete, tuvo dos hijos, Martín  
Alonso, que heredó Dos Hermanas, y Hernando  
Alonso, que sucedió en Cañete. Martín casó con  
doña Aldonza de Haro, hija de don Lope, el que  
llamaron *el Chico*, mayordomo mayor del rey  
don Alonso, y á quien, porque se vea cuán gran-  
de estimación se hacía entonces de esta familia,  
diré lo que en el tal casamiento acaeció.

Parece ser que se dispuso éste sin sabiduría del  
rey, de lo cual, muy sentido, reprendiendo á don  
Lope, le dijo que cómo sin su orden se había  
atrevido á casar con ningún su vasallo á su hija.  
A que cuentan haber respondido don Lope con  
despejo y valor que no lo había hecho, según de-  
bía, temiendo que S. A. lo había de impedir y

estorbar para casar su yerno con la infanta su  
hija. Que ciertamente fué gallarda satisfacción  
y estimable salida al enfado y enojo de su rey.

Mas dejando esto aparte, después de algunos  
días, viniendo moros contra Castro del Río (lu-  
gar entonces de estimación é importancia nota-  
ble), fué cercado por innumerable gentío, para  
cuyo remedio, siendo el dársela á cargo de la  
ciudad, se juntó en ella lo mejor de la provincia;  
pero no conviniéndose en el modo y creciendo  
con la dilación el peligro, Martín Alonso, como  
verdadero hijo de su patria, dijo que si le pro-  
metiesen socorro, él se aventuraría á meter en la  
villa, por medio de sus enemigos, gente y basti-  
mento que entretuviese su ayuda. Ofreciéronlo  
así, y juraron de acudirle con mayor prevención;  
con lo cual, sin detenerse un punto, partió á  
Montemayor, castillo inexpugnable y á quien él  
había fundado, en donde y en Espejo, juntando  
alguna gente, al romper del alba, con ánimo au-  
dacísimo, rompió él juntamente, y no así como  
quiera por diez ó doce mil hombres, sino por un  
espantoso é innumerable ejército de doscientos  
mil moros; por el cual en un instante, acaudillan-  
do sus buenos soldados, llegó á la fortaleza. Y  
bien se deja entender si en tan grande peligro  
mostraría necesariamente su valentía y esfuerzo,  
y si en el que ahora, pasados los reales, le sobre-  
vino, sería preciso conformarlo; porque es de saber  
que cuando más acosado, pensó tener su ánimo

atrevido algún reparo, el que halló fué tapiadas las puertas del castillo, y encima de supoca gente el numeroso y contrario ejército, de quien rodeado, sin defensa ó murallas, comenzó nuevamente á verse compelido; y ciertamente que parece increíble que tan poco número pudiese sustentarse un solo instante. Mas era león fuerte el capitán, y así, aunque sus soldados fueran mansos corderos, hicieran aún mayores efectos; y vióse claramente esta verdad, pues sin turbarle el temeroso riesgo, volviéndose á romper por desiguales tropas y peleando á veces con valor invencible, á pesar de tan grande morisma, rodeó la fuerza, y por un pequeño postigo descargó el bastimento, metió su compañía y socorrió el lugar casi perdido, granjeando la mayor fama, opinión y nombre que tuvo capitán en su tiempo; y tanto, que en oyendo el rey moro, el dueño del suceso, desconfió del suyo y alzó el real, volviéndose afrentado. De suerte que podemos decir que el valor admirable de este hombre atropelló un príncipe tan poderoso y á un ejército tan desproporcionado.

## CAPITULO XXXVII

*Prosiéguese este asunto y escríbese el memorable origen del Campo de la Verdad.*

No fué esta hazaña el servicio menor que de tan buenos hijos recibió su ciudad; pues no mucho después don Alonso Fernández, hijo de este caballero, emprendió el hecho memorable de quien al campo referido le quedó el nombre *de la Verdad*, el cual pasó de esta manera:

Parece ser que como el justiciero rey don Pedro fácilmente se dejase engañar de algunos mal intencionados, y quisiere, por ciertas sospechas, hacer matar á nuestro don Alonso y á don Gonzalo Fernández de Córdoba, su primo y señor de Aguilar, porque aun por chismes y consejas solas no era menor el castigo de este príncipe, envió á este efecto al maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba, que mejor informado y cierto de la falsa relación que al rey se le había hecho, sobreseyó en su voluntad, de lo cual fué tanto el coraje y sentimiento que recibió su sangriento ánimo, que, sin más suspenderlo, bramando por venganza, se avino con el rey de Granada, y al fin de disponerla en su poder, le prometió á Córdoba, y con tal conveniencia sacaron los dos el mayor ejército que jamás se vió en aquellos contornos. Y dando vista á la ciudad y mayor temor á sus moradores desapercibidos,

porque nunca creyeron de su príncipe y señor natural semejante resolución, fué tan notable su fidelidad y su lealtad tan maravillosa, que aun viendo entrar por el Alcázar Viejo los contrarios, no hubo hombre que se les opusiese, respetando la presencia de su rey, queriendo antes perderse que tomar las armas en su contra. Y pasara adelante este desmán si, advirtiéndolo algunas principales señoras, no salieran por las calles y con ruegos tristes y tiernas lágrimas les quitaran de tan necia perseverancia; y con tan buen efecto, que no sólo los obligaron á compeler á los que entraban, retirándolos con muchas muertes, sino que nombrando por su capitán al noble don Alonso, se dispusieron á mayores empresas. Y así hecha su elección, y junta buena parte de gente, envió al rey un mensajero pidiéndole se sirviese de aquella ciudad, y como su príncipe y señor, entrase en ella y dispusiese de sus vidas y haciendas como mejor le pareciese; mas que esto fuese sin semejante compañía, de la cual, respecto de ser enemigos de Dios, estaban resueltos á defender su religión y fe. A lo cual, como la indignación de don Pedro no admitía ruegos ni intermisiones, la respuesta que dió fué más llena de amenazas, pues juró de castigar de tal manera la ciudad, que sólo de los pechos de las mujeres se llenase el Pilar de la Corredera, y bebiesen los vivos sangre en vez del agua que entonces corría.

Esta fiera y cruel resolución cubrió las gentes de lágrimas y miedo, digo al vulgo y común que, como novelero sin atender á más, viendo á su valiente capitán que salía á pelear, se persuadió á que se iba á concertar con los moros, y creció de suerte su infame presunción, que llegó á los oídos de doña Aldonza de Haro, madre del dicho don Alonso y de don Lope Gutiérrez de Córdoba, alcalde mayor de la ciudad y señor de Montilla, de quien descenden los de Guadalcazar, la cual, saliendo al paso de sus hijos y encontrándolos debajo de los arquillos de la iglesia, sin mayor advertencia, á grandes voces les dijo:

—¿Ah don Alonso? Advertid que estas gentes me han dicho que váis á entregarnos á los moros; y si esto ha de ser así, permita el cielo quitarme antes la vida que ninguno me llame la madre del traidor.

Mas no dejándola proseguir su noble hijo, arrojándose del caballo y besándola la mano, la satisfizo respondiéndola:

—Cuando yo no tuviera sangre vuestra aún se pudiera dudar mal de mi lealtad, cuanto y más siendo vuestro hijo. Y tomando el caballo con más cólera, levantando la voz, discurrió diciendo: «Quedáos á Dios, madre y señora mía, que al campo salgo, donde se sabrá la verdad.»

Esta es la causa y el origen famoso de su nombre, mayormente con lo que luego sucedió;

porque saliendo con gallardo denuedo, en pasando la Puente, mandó echarla por el suelo, licenciando primero intrépido y feroz á cuantos de los suyos se quisieron volver; y con semejante hazaña, resueltos á morir él y los que le acompañaban, no sólo, ayudados del cielo, rompieron los dos reyes, sino que, siguiéndoles hasta Castro del Río, dejaron hecho de su sangriento estrago lloroso y memorable acuerdo para sus enemigos, y á sus descendientes y hijos eterno y perdurable renombre, dándosele asimismo á aquel campo extendido teatro de sus grandes hazañas.

Tales han sido y fueron los troncos nobilísimos de adonde, entre otros ramos, procedió el principal héroe de esta historia: si bien es justo disculpemos primero lo que en ella pareciere degenerable á su sangre; pues la amorosa causa que obligó sus muchos desacuerdos bastante-mente disculpa da á mayores yerros.

Cortamos, pues, el hilo del discurso, dejándole casado y entretenido en los regocijos y fiestas de sus bodas. En medio de los cuales nació el asunto de sus desvelos y mayor ocasión de sus disgustos; porque no fueran ellos contentos y alegrías de la tierra si no trujeran tras de sí fracasos tristes y desastres latimosos.

## CAPITULO XXXVIII

*Ultimas fiestas en las bodas de don Diego, y el trágico suceso que tuvieron.*

HACÍANSE por remate y fin de tantas fiestas en una de estas noches, ciertos torneos y máscaras; para cuyo efecto, atajando lo suficiente de la plaza y calle de don Diego, igualaron con ventanajes y andamios de madera los cercanos edificios. Y siendo mantenedor él hubo tanto que admirar y tantas galas, cifrás, invenciones y letras que ver, que, á pretender particularizarlo todo, creciera sin propósito este volumen. Y así, por escribir solamente lo importante al intento, diré el fin que tuvieron; pues no fué menos lastimoso y terrible que venirse con estrépito y rumor espantoso uno de aquellos artificiosos ventanajes al suelo, que, oprimido de la innumerable gente que le ocupaba, fué el estrago que hizo, no poco miserable y sangriento.

No quedó á tan impensada ruina hombre en ventana, plaza ni tablado que no acudiese al remedio de ella, y hasta los caballeros del palenque, arrojando las armas, las plumas y libreas, fueron de los primeros. Con esto, el rumor fué aumentándose; y así la temerosa confusión, al paso que los tristes gemidos, llantos y voces, parece que crecían; y mayormente no oyéndose,

ni viéndose otra cosa que miembros desgarrados, cuerpos partidos, golpes y terribles heridas y, sobre todo, arroyos de sangre, que envueltos con los tristes gemidos y quejas de los que la derramaban, formaba junto un horrible y lloroso espectáculo.

En este concurso de desdichas, y en medio de miserias tan grandes, no fué, pues, quien menos asistió á su remedio don Diego de Córdoba; antes juzgándose por el más obligado con noble y generoso espíritu, acompañado de criados y luces, atajó muchos males. Y así, sacando casi ahogados á los que ya anhelaban con la muerte, y haciendo abrigar y recoger en su misma casa á los que, con más cierto peligro, necesitaban de sacramentos y otras medicinas forzosas, sin parar, discurría á unas partes y á otras, hasta que no habiendo más que hacer, cansado, aunque no satisfecho, en sus piadosas obras, al volverse á su casa, como para salir á lo ancho, quisiese saltar unos andamios, yendo á poner los pies en los maderos rotos de sus últimas ruinas, parece que se le enmollecieron; y sintiendo blandura, no sin particular providencia del cielo, sospechando algún daño, muy á prisa mandó quitar las tablas y maderos; debajo de las cuales, no sin grande lástima, halló que en medio de un tapete de estrado y casi en él amortajada y revuelta estaba una mujer, cuyo adorno precioso, pocos años y hermosísimo rostro, si bien matizado de recién-

te sangre, acrecentó no sólo el sentimiento, mas el cuidado de su remedio, pareciéndole persona de suerte. Y así, con nueva compasión, tomándola en sus brazos, aunque siempre juzgó que estaba muerta, con todo no paró hasta ponerla en los de su esposa, que en este ínterin, no con menos piedad había mostrado con los muchos heridos que se acogieron á su amparo la nobleza y ternura de su pecho; con que pocas palabras fueron bastantes á que al daño presente tratasen de remedio, ya previniendo cirujanos y médicos, ya, como en tan grandiosa casa, albergue y hospedaje conveniente. Todo lo cual, aún se aventajó con más extremo luego que conocida de unos y otros se advirtió su calidad.

Era, pues, esta señora herida, ó por mejor decir medio difunta, una doncella, aunque pobre, hija de padres nobilísimos y caballeros no poco conocidos en aquella ciudad; no obstante que, á esta sazón, viuda su madre, vivía en su poder y compañía, de adónde sacándola, á su pesar, para el torneo unas parientas suyas, ocasionaron su desgracia, y aun participaron de iguales daños. Y así entendido esto, sin mayor dilación mandó avisar don Diego á su afligida madre, la cual, aunque al momento vino cubierta de tiernas lágrimas é insistió en llevársela, todavía no le fué permitido; antes los piadosos huéspedes la obligaron á que también se quedase acompañándola. Fuera lo demás poner la dama en notoria contin-

gencia por su mortal peligro. Con que le fué preciso obviarle y asistir á los muchos y eficaces remedios que para volverla en su acuerdo se le hacían, como, en efecto, el más esencial punto y consistencia de su vida, la cual, fomentada con tantas medicinas como buenos deseos, al cabo de dos días, volviendo algún tanto en sí, mejoró su esperanza y consoló á los presentes. Y yendo poco á poco recobrando el espíritu, al mismo paso que se morigeraron los tumores, los golpes cárdenos y la sangre esparcida, fué descubriendo en su rostro un portento admirable, un retrato del cielo; tan bello era el sujeto, que pudiera en su efigie, no sólo ponderarse lo más hermoso de la tierra, mas conocerse juntamente la suma perfección de su Criador.

## CAPITULO XXXIX

*Convalece esta dama y su salud causa diferentes efectos en sus ilustres huéspedes.*

DEJÓ esta impensada y peregrina vista cuando llegó al punto y perfección que he referido, tan asombrada y suspendida la familia de don Diego, que no se hablaba en otra materia, y aunque todos, en general, contentos, no así igualmente doña Aldonza y su esposo (digo, no á un mismo fin), porque si ella con piadosas entrañas juzgaba alegre el haberla hecho el cielo segunda causa y

instrumento en la vida de aquel ángel hermoso, don Diego, arrepentido y triste de haber traído á su casa el incendio de ella, no sólo blandeaba en la debida fe á su nuevo estado, mas compelido de una secreta y poderosa fuerza, temía y aun lloraba su perdición; si bien, como discreto, procurando en los principios atajar su fuego cuanto podía, retiraba la vista de su hermoso huésped, divirtiendo el alma y pensamiento entre los amorosos y tiernos lazos de su mujer, pues no sólo por la virtud de su alma, más aún por las partes graciosas de su cuerpo, por su nobleza grande y riquezas sin número, era digna de correspondencia y voluntad perseverante.

Pudiera yo, considerando tantas razones, admirarme, y no poco, en la fragilidad de este caballero, la cual, advertida en lo superficial, muestra gran mengua, indigno proceder, corta afición y menos voluntad con tal persona. Porque ni en su excusa militan, ni aun podemos juzgar en su favor las disculpas del lecho cotidiano, de la mesa común, del ordinario hastío y, finalmente, de una posesión continuada y prolija, porque aunque todas son razones impías y de malos casados y peores cristianos, no podía don Diego valerse de ninguna, pues apenas mudó estado, tomó la posesión de su esposa, cuando mudó también de pensamiento, prevaricando sus honrados propósitos.

Empero, aun dando más este particular, no

obstante que parece imposible hallarle causas que disculpen su yerro, todavía no con pequeño esfuerzo lo obscurece y deshace el haberse casado don Diego, según ya queda dicho, más por conveniencias de estado y materias iguales, que por confrontación de estrellas (hablo más claro), que por inclinación dulce de amor, y así, no sin razón bastante, pensó bien el que dijo ser infeliz el hombre que se casaba sin enamorarse primero de su mujer.

En efecto; insistiendo por ahora cuerdamente en huir la ocasión, no sólo el tierno mozo se esforzaba atrevido, mas juntamente solicitaba la cura y convalecencia de la enfermedad, pareciéndole que siendo así preciso el volverla á su casa, quitada la causa principal cesarían los efectos de su operación. Mas engañóse en esto notoriamente, porque apenas doña Elvira en salud, rindiendo con su madre humildes gracias y ofrecimientos, dejó su casa, cuando en la privación de su vista creció el fuego mayor de sus deseos, de quien dejándose vencer, precipitadamente cayó en un inmenso piélagos de amor, y no obstante la cuerda resistencia, sometió la cerviz al fiero yugo, y la voluntad, libre y exenta, á una injusta tiranía que dominó en su alma, en sus potencias y sentidos; de suerte que, aun después de largos días y prolijos disgustos, fué necesario, para sacarle de tan duras cadenas, medios y fuerzas sobrenaturales y portentosas.

Llevó, pues, con tal solución la correspondencia adelante, visitando á doña Elvira y su madre, y ellas diversas veces á doña Aldonza.

## CAPÍTULO XL

*Presume el ciego amante contrastar á la honesta doña Elvira, valiéndose para ello de diferentes medios y caminos.*

HALLÓ don Diego pobrísimo el menaje de su casa, las paredes desnudas, la sala sin estrados y, en conclusión, un grande y antiguo solar lleno de arneses viejos, de adargas rotas, de lanzas y banderas, trofeos honrosos del padre de su dama; pero en cuanto á lo demás, vacía de lo forzoso y necesario y aun de sillas en qué poder sentarse; con lo cual, pareciéndole camino para obligarla, trató de que secretamente se arremediase con larga mano tanta incomodidad.

Mas ya la hermosa doncella, cuando intentó estos medios, había penetrado por sus ojos lo interior de su pecho; porque aunque era niña y de corta experiencia, es tal la enfermedad de amor, que aun deja conocerse de los más incapaces; y así, con discrección y blandura, rechazó el recibir lo que otro día trajese tras de sí la paga ó una aparejada ejecución en su honra. Ejemplar puede ser este en las muchas ocasiones de nuestros tiempos, en quien no hay firme roca, no hay